

Nos hemos encontrado con Jesús

Testimonios

7

Pasemos a la otra orilla

Sucedió un día cualquiera, pero quedará señalado para siempre. Una melodía flotaba desde la otra orilla, y el mar se abrió en camino hacia Aquel que con sus ojos y su fuego llamaba, enamoraba. Cada una correrá y contará su propia aventura. Por ejemplo....

1. «Sólo Dios me guió en este camino»

Creo que puedo decir con verdad que mi vida ha estado marcada desde mi infancia por el signo de la Palabra de Dios de forma misteriosa. Pero me vais a perdonar que haga un poco de historia.

Nací en una región donde la guerra civil había barrido todo rastro de religiosidad que existiera en la sociedad, a no ser en familias muy cristianas y bien formadas. Y este no era mi caso. Por lo tanto, en mi infancia nunca asistí a una catequesis ni nadie me enseñó a rezar el Padrenuestro ni el Ave María, ni nada. Sin embargo cuando se hablaba de cómo habían quemado las iglesias y los santos, o cuando llegaba alguna estampa o algo religioso a mis manos, yo sentía algo especial por dentro. Luego supe que mi madre sí sabía rezar algo, pero con nueve hijos no tenía tiempo para nada; supe también que mi abuela era una santa pero no conviví con ella.

A la edad de 11 ó 12 años, vinieron a mi casa unas primas y cuando vi que ellas rezaban, me acerqué pidiéndoles que me enseñaran. A una de ellas le impresionó mi actitud y me dijo que me mandaría un catecismo y así lo hizo. Cuando lo tuve en mis manos me pareció un tesoro; yo sola lo leía y me lo aprendí de memoria casi todo, pero no sabía cómo encauzar y poner en práctica aquello que tanto me atraía; yo vivía en un cortijo a cierta distancia del pueblo y no podía ir a la Eucaristía ni a la iglesia cuando quería, sino cuando mis padres me dejaban.

Dios iba preparando mi corazón para mi encuentro con su Palabra, con la Eucaristía y con la Virgen María. Era tanta mi ignorancia que no sabía que existía la Biblia, ni que había cuatro relatos evangélicos, ni nada.

En casa de unos tíos míos que eran vecinos nuestros, había una Biblia, que era muy vieja por cierto; la vi y me llamó la atención aquel libro tan grande. Miré un poco y me interesó mucho y les pedí que me la dejaran. Recuerdo que no entendía nada, ni había oído hablar nunca de aquello que leía, pero me gustaba.

Cuando leí el primer Evangelio, creo que sin saberlo, me encontré de verdad con Jesús; no hacía sino llorar de emoción, sobre todo en la pasión. Me iba a donde no me vieran leer, porque mis padres estaban extrañados y decían que qué era lo que leía que me hacía llorar. Cuando se enteraron, comentaban que tendrían que quitarme aquellas lecturas que tanto me impresionaban, pero nunca lo hicieron, ni me estorbaron. Al terminar el primer Evangelio,

empecé el siguiente y vi que era como un repetición y así los demás y no salía de mi asombro ni podía comprender por qué se repetían. Pero no tenía a quién preguntar, ni quién me lo explicara.

Como ya había aprendido el catecismo, me ponía de rodillas y rezaba todo lo que sabía todas las noches y también durante el día, oraba a mi manera. Tanto que, mi padre, cuando me salía el mal genio, decía: «hija, ¿porqué rezarás tanto, si no se te nota?».

Tendría unos 14 años cuando ocurrió algo providencial en mi vida y que considero una gracia extraordinaria de la misericordia de Dios conmigo: mi padre tuvo que hacer un viaje a casa de unos tíos míos que vivían en otro pueblo y en otra provincia y me llevó con él; yo me fui encantada. Me quedé con ellos una temporada. Todos me recibieron muy contentos.

Una de mis primas, cuando se enteró de que yo no había hecho la primera comunión y vio cuánto lo deseaba y cómo quería conocer y amar a Dios, se me ofreció para enseñarme y prepararme para que antes de marcharme de su casa pudiera comulgar. Yo me puse muy contenta y me sentía feliz en aquel ambiente. Me preparó lo mejor que pudo y supo, me enseñó cómo tenía que confesarme, e íbamos al rosario, y aprendí a rezarlo, algo que deseaba muchísimo desde antes de ir allí; creo que de entonces no he dejado de rezarlo todos los días. Tengo la intuición de que la Virgen María siempre me ha protegido y guiado en todos mis pasos.

Yo no estaba preparada para recibir el gran don que se me daba al recibir a Jesús; sólo El sabe lo que sembró en mi corazón aquel día: puso la semilla en mí para lo que después, a lo largo de mi vida me iba a dar en la Eucaristía. Un día del mes de octubre, creo que un domingo, fui a comulgar, pero no recuerdo la fecha exacta, ni quedó registrado en ningún sitio .

Luego fue mi padre a por mí y dejé aquel ambiente con gran tristeza. Nunca más volví a aquel pueblo.

En lo sucesivo no tuve a nadie que me ayudara o me orientara para formarme. Sólo Dios y María me guiaban, quitando de mi camino todos los obstáculos que pudieran apartarme de Él y dándome un fuerte deseo y voluntad para buscar y practicar lo que pudiera ayudarme.

Iba a la Eucaristía, a comulgar, al rosario y a la visita al Santísimo, siempre que podía, pero no muy frecuentemente, ya que como he dicho no vivía en el pueblo, sino en una finca a cierta distancia de él.

Buscaba lecturas que me ayudaran a conocer y a amar más a Dios que ya me había seducido, y a enriquecer mi formación espiritual; creo que hacía verdadera oración, también hacía mucha penitencia y sin control de nadie.

El Señor me concedió que pudiera influir en mi familia, tanto en mis padres como en mis hermanos y hermanas, mayores y menores. A un hermano mío que había nacido en la guerra, le preparé como supe para su bautismo, cuando ya tenía 7 u 8 años.

Pero no se piense que yo era una niña, una adolescente, o una joven pacífica y bonachona, sino todo lo contrario. Tenía y tengo una voluntad férrea, carácter fuerte, genio muy vivo y ante lo que me parece injusto, soy rebelde y agresiva.

Dios, que me eligió para Él y me sedujo, puso en mí al mismo tiempo el deseo de conocerle y amarle y el de ser monja. Pero lo curioso era que yo nunca había visto a ninguna monja ni sabía nada de ellas ni de su vida; más bien era negativo lo que oía decir sobre ellas.

Cuando a los 13 o 14 años decía que iba a ser monja, se reían de mí. Pero interiormente fui comprendiendo y enterándome de que eran unas personas que se entregaban a Dios

totalmente y de que existían las de clausura y las de vida activa y poco más. Vi claro que Dios me quería de las mal llamadas de clausura, pero tenía mucha lucha porque me gustaba mucho divertirme y también los chicos y soñaba con un amor ideal que siempre fuera creciendo.

A los 18 años, me puse en contacto con dos o tres conventos y dije a mis padres y al sacerdote del pueblo que deseaba irme monja. Mis padres me dijeron que no me dejaban marchar y como era menor de edad... El sacerdote tampoco me animó, más bien me dijo que a ver si encontraba un buen chico.

Confieso que casi me alegré y me sentí liberada, e intenté olvidarme del tema y buscar ese amor ideal, y así pasé otros dos años. Procuraba divertirme a tope y pasarlo bien, pero cuando regresaba a casa después de una fiesta, me quedaba un gran vacío interior. Preguntaba a otras personas si sentían lo mismo que yo y me decían que no. Pensando y reflexionando, me di cuenta que el amor humano no podía llenar mi corazón.

Se me ocurría pensar que si conseguía ese amor que llenara mi corazón totalmente y se me moría o se acababa, como se dice ahora, no lo podría soportar. Y Jesús me iba seduciendo por dentro cada vez más y me hacía sentir que su amor llenaría plenamente mi corazón y nunca me faltaría. Me fui desprendiendo de todo lo que me ataba y me dio la fuerza, como a Abrahán para salir de «mi tierra y parentela», que en mi caso se cumplía al pie de la letra. Sólo Dios me guió en este camino y tuve siempre la seguridad de que Él me conducía.

Cuando tenía 22 años me marché al convento con gran tristeza por parte de mi familia y desgarrón de mi corazón, pero sin ninguna duda de que era Jesucristo quien me llamaba y me quería para Él,

A pesar de que soy muy extrovertida y dispersa, Dios me atraía fuerte mente y puso en mí un gran deseo y atracción a la interioridad y la oración. No sé si he hecho «lectio divina», porque nunca he podido hacer largas meditaciones, pero sí puedo decir que el libro que más he manejado en mi vida ha sido la Biblia. Ya en el Carmelo los libros de meditación nunca me decían nada, pero en la Palabra de Dios siempre encontraba lo único necesario y era lo que alimentaba mi oración. En toda la Biblia me encuentro con Dios Trinidad, pero sobre todo en el Nuevo Testamento, en el Cantar de los Cantares y los Profetas.

Sin embargo, lo que realmente ha marcado mi vida y ha alimentado mi oración y unión con Dios, han sido los capítulos 12 al 17 del Evangelio de san Juan. Los versículos «Si alguno me ama... vendremos y haremos morada en él» «permaneced en Mí como yo en vosotros» «como el Padre me amó, también Yo os he amado», «permaneced en mi amor», me han ayudado y me ayudan para vivir una relación de amor y presencia amorosa con Dios, con la Trinidad y para mi entrega al proyecto de Dios sobre mí.

La Eucaristía es mi vida, en donde se hace realidad la entrega de amor mutuo; Jesucristo se ofrece y entrega al Padre por mí, y yo me ofrezco y me uno a su entrega para ser transformada en Él «el que come mi carne vivirá por mí». Y por la comunión con su Cuerpo y con su Sangre, con su muerte y resurrección, con Él y en Él la Trinidad mora en mí y yo en la Trinidad.

El Señor que me concedió esta vocación de contemplativa en el Carmelo, me hizo comprender también que mi entrega, unida a la de Jesús es un don y un servicio para los demás; que no se limita a servir a unas cuantas personas, sino que por mi unión con Jesucristo en la Eucaristía y por la consagración religiosa, allí donde está El construyendo y extendiendo su reino y salvando, allí estoy con El. Esta conciencia de orar e interceder unida a Jesucristo por mis hermanos/as del mundo entero en donde hay tanto sufrimiento y tanto que redimir ha ido aumentando en mi vida con el tiempo.

2. «En Él tiene sentido mi vida»

Joven de quince años, como una cualquiera de las muchas de hoy. Abierta a la vida y esperando disfrutar de ella. Por supuesto, esperando también encontrarme con la persona que

pudiera llenar las ilusiones que a esa edad se tienen.

Mi vida religiosa era en ese tiempo casi nula. De vez en cuando iba a Misa, pero forzada por mi madre.

Esa persona esperada apareció un día y en ella volqué toda mi ilusión y mis deseos de ser querida.

Pronto empecé a tener grandes dificultades en mi noviazgo. Veía en él muchas lagunas. Se producían con frecuencia tensiones... Sentí la necesidad de acudir a Alguien que me ayudase en mis angustias y malos ratos. Y es aquí, precisamente, donde empieza mi andadura hacia Dios.

Siendo muy mala estudiante, me gustaba sin embargo mucho leer. Leía todo lo que llegaba a mis manos. Me puse en contacto con la Historia, con otros pueblos y otras culturas. Y me puse de este modo en la búsqueda de la Verdad. Fue entonces cuando tomé una resolución extraña a mi vida: leer la Sagrada Escritura.

Desde las primeras páginas, el impacto se hizo sentir. Dios apareció ante mí como Padre. Los grandes Patriarcas y los profetas, como los amadores de Dios. Todo eso contribuyó a aumentar mi inconsciente sed de Dios. Empecé a buscarle «como tierra reseca, agostada, sin agua».

Todavía, sin embargo, no se me había descubierto ni Cristo ni la Iglesia. Seguía sin frecuentar los Sacramentos.

Pero llegó la hora. El Evangelio, su lectura, me impresionó de tal modo, que Cristo fue creciendo en mí casi imperceptiblemente. Sus palabras, sus gestos, sus actitudes, empezaron a tener repercusión en mi vida y a plantearme sobre mi actuación personal. ¿Estaba yo actuando como Él decía y hacía?

Tenía pendiente de resolver mi situación personal con respecto al chico que salía conmigo. Me influía fuertemente a pesar de empezar a comprender que no era la persona que me convenía. Por primera vez, oré al Señor y le pedí que si era necesario, fuese Él quien arrancase de mi corazón aquellos sentimientos más fuertes que yo misma. De otro modo, no habría nada que hacer. No sé ni cómo fue, el caso es que cayó en picado. Y, aunque es cierto que se me desgarraba algo dentro de mí, sentí una verdadera liberación. Tenía ya veinte años. Cristo empezaba a ser para mí, no un personaje histórico, sino una Persona viva.

Busqué un sacerdote. Con su ayuda, empecé a cambiar mi vida, hasta en las actitudes y formas externas. Fue un lento proceso. Comencé una vida sacramental primero, y luego de oración. Y... empecé a plantearme la incógnita de mi futuro desde otra perspectiva. ¿Cómo dar a conocer lo que yo había descubierto?

Mi primer pensamiento: ser misionera.

Fue por motivos de salud por lo que tuve que renunciar a esta idea. Y entonces descubrí el valor apostólico de la oración.

¿Carmelita? ¿Por qué? Si hay una santa mundialmente conocida y atrayente, es Teresa de Jesús. Desde el momento en que empecé a conocerla, aunque no demasiado profundamente, me cautivó.

Aunque externamente mi vida no había cambiado demasiado: bailes, clases de ballet, de inglés, playas, diversiones..., la oración se había ido convirtiendo en algo vital para mí. Incluso recuerdo que le pedí a Dios la gracia de permanecer junto a Él en medio de todo eso, que por mis circunstancias sociales y familiares no podía dejar fácilmente. Me lo concedió.

Internamente me sentía cada vez más interpelada por él y esto repercutía desde luego en mis relaciones con los demás.

Y fue entonces, precisamente, cuando el Cristo del Evangelio empezó a ser para mí esa Palabra viva, presente, pero de otro modo distinto. El «Cristo de la Pascua», «el Señor», que funda su Iglesia y se prolonga en el hombre de hoy.

Desde este momento sus palabras «id por todo el mundo y anunciad el Evangelio» se convirtieron para mí en un compromiso urgente. Comprendí la vida religiosa como un valor fuertemente eclesial.

Finalmente, ingresé en un monasterio carmelitano.

Había mucho que purificar y pronto se empezó a oscurecer toda luz, los libros «se cerraron», y hasta el Libro de los libros, el Evangelio, parecía que había perdido para mí su fuerza de interpelación. Por otra parte se despertó en mí una conciencia de pecado que me hacía sufrir terriblemente. Me estuve debatiendo entre «la vida y la muerte» durante unos cuatro años. Dudaba si realmente había acertado en el camino querido por Dios para mí. Tenía que descubrir que «el hombre no se purifica por sus obras, sino por la fe», y que «en esto se manifestó el amor que Dios nos tiene, en que siendo nosotros pecadores, envió a su propio Hijo como propiciación por nuestros pecados».

Expuse mis dudas, confié en lo que se me decía y creí que era ciertamente la voluntad de Dios el que yo fuese carmelita.

«Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en Él»

Se hizo la Luz, se abrieron los libros, el Libro, y ante mí brilló una nueva Vida! ¡Soy feliz, felicísima! »¡Sé de Quién me he fiado!»

Para mí, actualmente todo ha sido asumido en Cristo. En El, recapituladas todas las cosas, tiene sentido mi vida.

¡Que el mundo sepa que nadie que se haya entregado al Amor, se arrepentirá!

»¡Gustad y ved qué bueno es el Señor!»

3. «La seguridad que nadie me quita y que me mantiene, es la Palabra de Dios»

La primera vez que resonó fuerte en mi vida siendo causa de una verdadera conversión fue a los 18 años. «Me amó y se entregó por mí». La escuché en unos ejercicios y marcó mi vida para siempre. Nació en mí un hambre de corresponder a tal amor y entrega.

Siempre procuraba leer el Nuevo Testamento, el Antiguo estaba prohibido bajo pecado, hasta que a los 28 años más o menos cogí una Biblia que estaba en la biblioteca, propiedad de nuestros Padres, y que vino a nuestro convento cuando la excomunión, pero no puedo decir cosa especial.

Lo esencial del Libro del Apocalipsis se iluminó para mí de un modo extraordinario, de forma que realmente lo entendí como el Libro de la Esperanza y de la Salvación. Fue en 1963, en pleno Concilio. Creo que es desde entonces que la oración del Espíritu y la Esposa me brota del fondo del ser, –no es que siempre la sienta– «¡Ven, Señor Jesús!, ¡Sí, vengo pronto!» Y la esperanza hecha confianza crece siempre.

Palabras distintas se iluminaron para mí en diversos momentos que han contribuido mucho para liberarme de preocupaciones y temores del yo.

Así en el Adviento de 1990, estando bajo la luz de Isaías: «no temas, gusanillo de Jacob,

oruguita de Israel, que estoy contigo, te llevo de la mano. Yo, el Santo de Israel», quedé un poco impactada al poder ver bajo esta luz la noticia de las Constituciones del 90. Ese «no temas, no tengas miedo», me libera cada vez más de todo temor y preocupación, pues la confianza crece siempre y sé que todo está en las manos de Dios, nuestro Abbá, que en la simplicidad y el silencio me va liberando y me adentra en su misterio, don de Amor y Salvación, y ahí entra todo, lo material y lo espiritual, ese Plan de Salvación que es toda mi ilusión.

El Concilio supuso para mí una alegría grande al poder acercarme con nueva facilidad y libertad, poco a poco, a la Escritura, sobre todo al rezo del oficio Divino y Eucaristía. Un entrar en una nueva formación, una nueva riqueza, en poder comunitariamente leer y ahondar en la Palabra de los domingos, por ejemplo. Cuando compartimos y oramos con la Palabra me suelo encontrar feliz. La Eucaristía se me enriqueció más y más.

No tengo la gracia de encontrar en el Evangelio la respuesta en ciertas circunstancias de la vida para actuar o recibir una palabra de consuelo; si alguna vez sucede es por sorpresa: Recuerdo que en vísperas de unas elecciones de priora, por la noche en la celda, abrí el N.T. a ver si me daba una respuesta y me salió de una carta de Pablo, creo que a Timoteo, «sea elegida una viuda de más de 60 años...», lo que sirvió para reír cada vez que lo cuento.

Puedo decir que nada me da seguridad, ni las gracias recibidas, ni las vivencias, ni mis sentimientos, ni que las cosas se solucionen como yo creo lo mejor, o más me gusta, ni una comunidad ideal, la seguridad que nadie me quita y que me mantiene en la esperanza segura, es la Palabra de Dios, la promesa de Jesús: «Estoy con vosotros hasta el fin del mundo», «no tengáis miedo», «creed en mí», «he vencido al mundo», «el cielo y la tierra pasarán, mis palabras no pasarán», «bienaventurados los pobres de espíritu, de ellos es el Reino», «amaos como yo os he amado», «el Padre os ama»,... Es esa confianza absoluta del pequeño en el seno de su Madre,... etc.

Eso no quiere decir que la alegría y las prosperidades y desgracias no me afecten, pero no es para apoyarme en ellos como la verdadera seguridad.

4. « Se me metió en la cabeza el deseo de comprender a san Pablo»

¿Tendría yo unos 11 años? Quizás. Teníamos un profesor de religión estupendo con cualidades pedagógicas estupendas, aunque, siendo sus alumnas, no lo viésemos en clase tan estupendo. No se contentaba con enseñarnos religión, entendida como unas normas de conducta dictadas por la Iglesia. No. Tendía a familiarizarnos con la Palabra, con Jesús de Nazaret.

Y se le ocurría con este fin trabajos muy sencillos: Copiar citas de los Evangelios, de las Cartas Paulinas. Y yo, que como toda estudiante abominaba el estudio, el caso es que me afanaba y procuraba por escribir las citas con una excelente caligrafía.

Y no sé por qué se me metió en la cabeza el deseo de comprender a san Pablo. ¿De qué tenía yo vocación cuando quería conocer los escritos de Pablo?

Por de pronto, al empezar «la carrera» me equivoqué de parte a parte. Me apunté a SANTA. Todo perfecto. Y al caerme del pedestal, me hice añicos. Cuánto tiempo de aprendizaje. Cuánto caminar cansino por el desierto pelado de mis oraciones fatigosas; se me pedía unas cosas, una madurez humana y espiritual que yo no podía dar. No había llegado mi hora.

Todavía no se me había dado comprender que Teresa de Ahumada, la santa de los éxtasis, revelaciones, heridas de amor, en el momento de su muerte, cuando iba a ser examinada por el Señor al que había amado sobre todas las cosas, recita con humildad el Miserere, porque no ha jugado a santa, sino a pecadora. Y Jesús no vino a buscar a los buenos, sino a los pecadores.

Pero los humanos no tenemos la paciencia de Dios. Así yo me sentía humillada en la presencia de Dios y tendía hacia él las manos suplicantes. Le presentaba mi corazón herido, una sensibilidad desmelenada, un hato de desventuras para que Él purificase todo.

Me repetía: Prefiero que me quieran por lo que no soy y no por lo que soy. Lo que soy puede ajarse. Si me quieren por lo que no soy, pueden quedar defraudados.

Mientras tanto, ya había pasado el Concilio Vaticano II. Como consecuencia de la Constitución Dei Verbum, sentimos el fervor bíblico. Se compraron buenos libros tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Cogí las cartas de san Pablo. Las estudié despacio, con interés y con ilusión. Iba a colmar el deseo de conocerle.

La carta a los Gálatas me interesaba de un modo especial. He descubierto el porqué de mi vocación paulina: el evangelio de la gracia, que tan bien comprendió y vivió Pablo.

Para él no cuentan las obras, que como buen judío y fariseo hizo, sino Cristo Resucitado: «El sublime conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor».

5. « He necesitado que la Palabra me sea anunciada, predicada y explicada »

Cuando pienso en mi experiencia de la Palabra, lo que enseguida aflora es la gracia tan grande que fue para mí el año dedicado a Jesucristo en la preparación del Jubileo 2000.

Desde niña he sabido lo importante que es la Biblia. Pero encontraba más alimento cuando leía otros libros, en las homilias y charlas, en la catequesis... Tampoco había orado la Palabra de Dios.

Sabía que el Señor estaba siempre conmigo y me podía relacionar con Él durante el día. Me resultaba fácil encontrar al Señor en el Sagrario; esa era la fe que mi madre me había transmitido cuando al ir a hacer la visita me decía: «Dios está aquí vivo, realmente presente».

Cuando entré en el Carmelo, aunque entonces yo no me daba cuenta, la Palabra de Dios se hizo muy presente en mi vida. Estaba envuelta en la Palabra: La Liturgia de las Horas, la Eucaristía, en el refectorio, la lectura espiritual. En la formación conocí los documentos del Concilio, el Catecismo, muchos y buenos libros sobre la Palabra de Dios y la Liturgia. Ellos fueron poco a poco enseñándome, como mi madre cuando niña: «Dios también está aquí». Sólo que esta vez no fue tan fácil.

Así pasaron algunos años. Y llegó el año dedicado a Jesucristo en la preparación del Jubileo 2000.

En la reunión de comunidad estuvimos hablando sobre cómo nos íbamos a preparar para vivir este año de gracia y crecer en el conocimiento del Señor.

Yo puse todo de mi parte. Tenía muchos deseos de que todo eso que me decía la formación que era la Escritura, fuera realidad para mí. Pero, qué cuesta arriba se me hizo. Cuánto me costó. Pasaba el tiempo y aquello no parecía dar fruto. Además, ver que en otros libros encontraba luz con mucha facilidad era para mí una constante tentación. A pesar de todo seguí adelante.

Lo que la Santa Madre nos enseña para la oración, me ayudó mucho. Pensaba: si en el Evangelio es Cristo mismo quien nos habla, leer la Palabra es como ponerse «cabe este buen Maestro, muy determinadas a aprender lo que nos enseña». Ella dice: «Mirad el amor y humildad con que os está enseñando». «En la primera palabra entenderéis el amor que os tiene». «Él desea que os contente». «Sólo pido que le miréis».

Si el Señor se revela en su Palabra y ahí lo ha dicho todo, leer la Palabra es escucharle,

mirarle, para así poco a poco ir conociéndole. Ir aprendiendo: quién es Él, qué le agrada, quién es su Padre, cuales son sus caminos, su modo, su condición, su plan de salvación que ha realizado en la historia, sus promesas... quién soy yo, qué quiere de mí... Puedo acercarme a su Misterio, aunque con el velo de la fe, porque es de noche.

Esto me sostuvo en el esfuerzo y me guió; y, no sé si fue antes de acabar el año o después, esas palabras del Señor en el Evangelio: «El que pide recibe, el que busca encuentra y al que llama se le abre» se cumplieron en mí. En verdad yo no sabía lo que buscaba, solo sé que ahora, como antes, sigo leyendo otros libros que me hacen mucho bien, pero... la Palabra, es la Palabra; ya su sitio no se lo quita nadie.

Ahora me queda todo por hacer, porque «hay mucho que ahondar en Cristo». Me gustaría que fueran realidad en mi vida las palabras de Sor Isabel: «Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándote, quiero volverme totalmente dócil, para aprenderlo todo de Ti.»

Luego, el año del Jubileo, el Señor me hizo comprender aquella verdad de fe que siempre había dicho en el Credo de carrerilla y sin comprender su significado: Nuestra fe es apostólica, se fundamenta en la predicación de los Apóstoles. La Iglesia es Apostólica. Esto para mí está muy unido a la experiencia de la Palabra. Ha sido muy grande entender esto.

Esto en mi vida ha sido así. Es verdad que si el Señor no actúa interiormente, en vano se cansan los albañiles, pero yo he necesitado de los demás. Aunque el verdadero rostro de Cristo está en su Palabra, he necesitado muchas veces que me sea anunciada, predicada y explicada. Yo sola no he podido, aunque todo esté escrito.

Me encanta decir con el salmo 86: «Todas mis fuentes están en ti». Uno por uno todos hemos nacido en Ella. El Señor se entregó para siempre a la Iglesia, su Esposa, y en Ella vive, a Ella nos conduce y en Ella se nos da.

Esta experiencia me ha hecho muy feliz.

6. «Mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado»

Cuando volvía tarde a casa los fines de semana, con un gran vacío, a pesar de haber intentado divertirme, abría la Biblia al azar como buscando respuesta y solución a esta sensación de sin sentido.

Un día me encontré con el texto de Jeremías 31: «Seré el Dios de todas las familias de Israel, y ellos serán mi pueblo. Así dice Yahvé: Halló gracia en el desierto el pueblo que se libró de la espada: va a su descanso Israel. De lejos Yahvé se me apareció. Con amor eterno te he amado: por eso he reservado gracia para ti. Volveré a edificarte y serás reedificada, virgen de Israel...»

A partir de ahí comencé a sentir paz y, poco a poco, brotó la esperanza en mi interior, por lo que volví muchas veces a leer este pasaje. Era Dios el que me hablaba en su Palabra, había escuchado mi súplica. Era Dios el que me estaba prometiendo que volvería a edificarme, que daría sentido a mi vida... Tenía la certeza de que Dios cumpliría su promesa, pero no sabía cómo.

Ahora, al cabo de los años, veo claro que la gracia que Dios tenía reservada para mí ha sido llamarme para ser «el pueblo de su propiedad», para ser suya... Su Palabra es luz en la noche de la vida, es consuelo en la aflicción y, como espada de doble filo, me corrige y me muestra el verdadero camino: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8,34).

En mi vida, tiene una resonancia especial esta ALIANZA DE AMOR de Dios conmigo, viviéndola como esposa suya: «Mi AMADO es para mí y yo soy para mi AMADO».

7. «Sólo por Él, se hacen semejantes “locuras” de amor»

Por pura gracia del Señor, toda mi vida, desde mi infancia, adolescencia, vida adulta y como Carmelita ha estado enmarcada por un contacto con la Palabra, con sus altibajos.

Un hecho crucial: A mis 14 años, una palabra proclamada del Evangelio de San Mateo: «Al salir de allí, Jesús vio a un hombre, llamado Mateo, sentado en la oficina de los impuestos, y le dijo: «Tú sígueme». Él se levanto y lo siguió.» (Mt 9,9), se ha convertido en el motor y eje de todo mi vivir.

Una llamada personal, intransferible a ir tras Él. Si bien es cierto que la llamada fue sellada en mi corazón para que fuera «monja», yo no quise y decidí, entonces, seguirle por otros caminos que pensé que Él había aceptado.

Esta palabra estuvo a la hora de decidir profesión en mi vida, esta palabra se revivía de forma singular cuando estaba enamorada porque me evocaba otro amor....y por eso esta palabra terminó felizmente en el Carmelo.

Hoy día, es la palabra «Tú sígueme», la que intento tener siempre presente. Precisamente por esta palabra y por querer hacer sólo en mi vida su voluntad (a imitación de Él, de Jesús, que me llamaba y de su Madre, la Virgen María), que fui llevada a Colombia.

Solo por Él, se hacen semejantes «locuras» de amor: Dejar tu tierra por seguirlo y luego, ante una nueva llamada y una exigencia de Él, crucificar razones, sentimientos y buscar su voluntad. ¡Cuántas maravillas y dones encontradas en este seguimiento!

Otra palabra que me fue dada como don especial en mi camino de exilio y destierro en Colombia fue: «La fuerza del Altísimo te cubrirá con su sombra». Palabra hecha vida durante los difíciles meses que estuve allí; sólo con su fuerza pude vivir lo vivido y descubrir el rostro del Señor en el sufrimiento.

En mi vida como Carmelita, la Palabra ocupa el centro, porque la Palabra es Él, centrada en la Eucaristía, regalo de su amor y con proyección a cada minuto del nuevo día, su palabra se convierte como en una fuente que me conforta y alienta en medio de los combates diarios.

También, la inmensa riqueza de la liturgia, plagada de Palabra, me sorprende a veces con algún versículo que me sirve para más estar con quien sé que me ama.

A veces, suelo hacer también un ejercicio cuando leo a la Santa o algún Santo de nuestra Orden, intentar descubrir la palabra de Dios que tiene como fondo... y me he llevado grata sorpresa.

En este proceso de seguimiento de Jesús, querer conocerlo, imitarlo, amarlo más, sólo lo puedo hacer a través de su Palabra, donde lo descubro como persona cercana a mí, como mi compañero y amigo, como mi todo.

En fin, sin Ella, sin su Palabra como centro y eje no sé cómo vivir.

8. «Mi vocación no puedo comprenderla si no es por el encuentro con Jesús en su Palabra»

Pienso que todo lo que he vivido fuera y dentro del Carmelo es y ha sido una riqueza en este aspecto. Yo identifico el encuentro con Jesús, especialmente a través de su Palabra, precisamente porque así me han enseñado.

Siendo niña, aproximadamente desde los 8 años, empecé a escuchar la Palabra porque me preparaba para hacer la primera comunión. Muy pronto, mis padres me llevaban todos los sábados en la noche a la Eucaristía porque pertenecían a las comunidades neocatecumenales.

Más tarde, a los 14 años, yo me integré a una de estas comunidades. Esta experiencia ha sido fundamental en mi vida de cristiana, pues allí fui aprendiendo a confrontar mi vida cotidiana con la Palabra. Yo tenía ese privilegio de acercamiento a la Escritura, y que también era un espacio de comunicación e intercambio de experiencias con los otros. Tanto ha significado esta experiencia, que ha sido por este camino que he podido descubrir la llamada de Dios a ser lo que ahora soy: Carmelita Descalza, y aquí en España, lejos de mi país (Colombia).

Lo que más me urgía en esos momentos era descubrir y seguir la voluntad de Dios que se me presentó de esa forma, pues Dios habla también a través de las circunstancias presentes.

La Palabra de Dios fue siempre mi apoyo, consuelo y fortaleza ante el miedo y la duda, pero también, fuente de alegría y paz, que en definitiva fue lo que me movió a dar el salto. Creo que hasta aquí esta explicación es necesaria, pues la experiencia con la palabra de Dios en el Carmelo ha sido muchísima más fuerte y enriquecedora precisamente, porque ya había un cierto ejercicio de encuentro con la Escritura.

Mi vocación no puedo comprenderla si no es por el encuentro con Jesús en su Palabra. Ella es una fuerte columna y apoyo para la vida. Es ánimo en la oración, viene en mi ayuda en momentos de sufrimiento y también surge espontáneamente en una frase cualquiera en momentos de gozo y entusiasmo. Es un intercambio y comunicación cuando, a partir de un texto bíblico tenemos la reunión comunitaria, porque nos anima y nos une como comunidad.

Personalmente, ha sido de gran ayuda el hecho de recibir un curso de Biblia pues nos ha facilitado «herramientas» para desentrañar el mensaje único de la Palabra, ya que la Palabra enseña para la vida que es de lo que aquí se trata.

Así como lo tenemos por regla y constituciones, ese «meditar día y noche la ley del Señor», tiene que ser fuente de vida espiritual que a nuestra Orden, nos viene específicamente enriquecida con la experiencia de nuestros Santos Padres Teresa y Juan, que ofrecen «un estilo» propio, el «estilo del Evangelio».

Sólo me queda por decir que, aunque me falta mucho por conocer y por crecer en mi vida de cristiana y Carmelita, yo amo esta vocación y para mí es fundamentalísima la Palabra de Dios, porque es sustento y Luz para mi camino. Aunque lo repito de nuevo, es «lugar» de encuentro y eso es muy importante, pues eso desemboca en ORACION.

9. « Las llevo grabadas en mi ser toda la vida »

Al hacer mi Primera Comunión a los siete años, me regalaron un librito que me gustaba mucho leer y me hacía bien. Lo llevaba a la Iglesia cuando iba a la Eucaristía y comulgar, que solía ser diariamente.

Un día, leyendo en él el capítulo 6 del Evangelio de San Juan, las Palabras: «el que me come vivirá por mí» se me quedaron tan fuertemente impresas que las llevo grabadas en mi ser toda la vida.

10. « Ha marcado mi vida con caracteres de fuego »

La experiencia más fuerte y que ha marcado mi vida con caracteres de fuego se presentó como «El Amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones, por el Espíritu Santo que se nos ha dado».

Cerrando mis ojos he vuelto hacia atrás... muchos años... El impacto de que Jesús reclamaba mi amor como «algo que Él necesitaba». El espíritu dejaba oír al ESPÍRITU que, moviéndose en mi interior me decía: «tú, a lo menos, ámame».

De esta experiencia amorosa, sentida suave y persistentemente, nació mi vocación al Carmelo y mi vocación a la Oración. La Palabra de Dios es viva y eficaz...